

¿POR QUÉ CUELGA EL ABEDUL?

2º 3º

Cuando el Salvador hubo muerto y su cuerpo fue bajado de la cruz, varios discípulos se apresuraron hacia el sepulcro para arreglarlo, pero las mujeres se apresuraron hacia la ciudad para buscar lienzos y ungüentos. La adolorida Madre María permaneció junto a su amadísimo hijo y lo veló entre abundantes y amargas lágrimas.

Por aquel tiempo, un lamento recorrió todos los reinos de la naturaleza, la tierra tembló hasta sus cimientos, e incluso el sol en el cielo ocultó su resplandor.

El discípulo Juan había colocado una piedra bajo un abedul cercano. Sobre esa piedra estaba sentada María, sosteniendo a Jesús muerto sobre su regazo.

*¡Oh, qué tiempo tan diferente había sido aquél en que una vez tuvo
así al pequeño Niño en su regazo!*

Curiosamente, ahora recordaba todos los dulces nombres con los que solía acariciar al Niño entonces. Y ahora los repetía uno tras otro, como si pudiera devolver así a Jesús a la vida. Pero él yacía pálido y quieto, y sus ojos rotos no volvían a brillar, y su boca, en otros tiempos tan amorosa, no pronunciaba palabra alguna de consuelo.

Entonces le pareció a la pobre madre que ella misma habría de desfallecer bajo el peso insoportable del dolor. Se arrojó sobre el Hijo muerto y permaneció inmóvil, desmayada de cuerpo. Solo las lágrimas que fluían sin cesar revelaban que aún vivía. Así yació largo tiempo.

De repente le pareció ser tocada suavemente por una mano querida. Levantó la vista, interrogante.

¿Qué vio entonces?

No era el discípulo Juan, como había pensado. Él permanecía aún como antes, apoyado en un tronco, apenas dueño de su propio dolor. Y los demás amigos no habían regresado todavía.

No era mano de hombre alguno lo que tan querida y suavemente la había tocado.

—El abedul bajo el que estaba sentada, ese, por compasión y amor, había inclinado tanto sus ramas que María fue suavemente rozada por ellas. Y cuando poco después unos soldados que pasaban se acercaron para ver a la mujer que tan fielmente sostenía en brazos a uno de los ajusticiados, las ramas del abedul se inclinaron aún mucho más, como si quisieran proteger a la Madre de Dios de las miradas curiosas.

Todo esto lo contempló el Señor de los Mundos, el Padre Celestial.

La íntima participación del abedul le agradó, y para eterna memoria determinó que en adelante las ramas de este árbol y de todos sus descendientes permanecieran colgantes, tal como lo habían estado en la amarga hora del Viernes Santo en el Gólgota.